

I

Ante las puertas traseras del Infierno, millones de almas liberadas, esperaban el momento de ingresar de nuevo en la corriente natural de la vida. Guiados por los Devas de la Naturaleza, recibían nuevamente instrucciones para desenvolverse en el mundo mineral, donde permanecerían miles de años, hasta haber recapitulado todos los conocimientos adquiridos en aquel mismo estado, durante su anterior proceso.

En el transcurso del mismo, los Devas minerales les instruirían durante su largo camino, preparándolos para su ingreso en el reino vegetal, de donde ascenderían al reino animal, y finalmente alcanzarían, una vez más, el estado humano. Allí, tendrían una nueva oportunidad de caminar solos y sin ayuda, con total libertad de acción (sólo limitados por la Ley de Causa y Efecto, según la cual, todos los actos justos o injustos, acaban revirtiendo sobre aquel que los produjo), pudiendo potenciarse y desarrollarse hasta alcanzar la fusión con su Espíritu o Ser Interior, o dejarse caer otra vez en manos del ocio y el olvido, para terminar degradándose una vez más, hasta verse arrastrados por la fuerza de gravedad del Abismo, que los reabsorbería lentamente, en sentido inverso, desde el reino animal, hasta el mineral, bajo la custodia de Bel, el Jerarca de los Infiernos. Allí, de nuevo, el dolor y el sufrimiento serían el filtro necesario para limpiar sus inocentes almas de las impurezas creadas durante sus existencias en el estadio humano.

Esta era en síntesis, la llamada *Rueda del Samsara*, la noria de la vida, que giraba constantemente como rueda de molino que tritura el *grano* para obtener la *harina* con la que poder crear, en términos de los Hijos de la Luz, el *Pan Divino*. Una mecánica natural, de la que sólo podía escaparse mediante el desarrollo y la revolución espiritual.

Pero ahora, la rueda del Samsara amenazaba con detenerse por falta de organismos vitales en los que ubicar las almas que los precisaban. El reino vegetal había quedado considerablemente mermado, como también lo había hecho el reino animal. Pero lo más grave de todo, era el escalafón final: el reino humano.

El organismo humano había sido diseñado para poder colaborar

en el desarrollo de todos los aspectos anímicos, para lo cual, contaba con una anatomía *externa* o visible y otra *interna* o invisible, y gozaba además de la capacidad de *elegir* y *aprender*. Y toda la información de ese diseño, armoniosamente combinado con el entorno natural del mundo en el que se desenvolvía, estaba encerrado en sus genes. Un diseño que llevó millones de años de trabajo lento y constante, de correcciones y reformas, hasta hallar el perfecto equilibrio. Y un gen cuya extinción estaba pendiente de un hilo.

Millones de almas veían frenado su ingreso en los distintos reinos de la naturaleza. Y también millones de almas que ya habían alcanzado una vez más el reino superior, habían detenido bruscamente su ciclo de existencias, al no haber organismos humanos en los que poder retornar después de la muerte. De tal suerte, que habían quedado atrapadas en el Limbo, la Región de los Muertos, el Mundo de los Sueños, la antesala a las puertas de entrada del Infierno. El lugar en donde reposan antes de regresar de nuevo al mundo de los vivos, o de donde acceden definitivamente al Abismo de las Tinieblas, si no han logrado *Cristalizar Alma* antes de que expire su plazo en el reino humano, siendo tragados por enésima vez en las fauces involutivas del Samsara.

Pero, en cualquier caso, ahora no eran conscientes de su estado ni de su situación. Eran almas dormidas, atrapadas entre los sueños envolventes de sus propios errores que, bajo formas y apariencias monstruosas, habían ido suplantando paulatinamente su propia consciencia. Almas que vivieron dormidas y deambulaban dormidas en el seno de la muerte. Almas que todavía soñaban con estar vivas, incapaces de recordar o notar la menor diferencia entre la vida y la muerte, envueltas en los vapores de sus egoísmos, sus vanidades, sus odios, sus pasiones, envidias, avaricias e incluso sus artificiales virtudes y mansedumbres.

Bel observaba las grandes masas de almas liberadas, que suplicantes oraban para poder ser readmitidas en la corriente evolutiva de los reinos naturales. Aquí, en el Corazón del mundo, en lo más profundo de la Tierra, se abrían las puertas traseras del infierno, por donde las almas ya limpias y purificadas desfilaban ante el luminoso Templo Corazón del Genio Planetario, el Guía del Mundo, el responsable de su evolución espiritual, que ahora, ausente, buscaba ayuda desesperada hasta en los confines del Sistema Solar.

Desde prudente distancia, sin poder salir de los límites de su Reino, el Rey de la Tinieblas disfrutaba viendo la desesperanza de todos aquellos seres. ¡Ansiaba tanto la libertad!

Sólo una sombra parecía querer entorpecer su inminente victoria; una sombra vieja y poderosa, contra la que había luchado infinidad de veces: los Hijos de la Luz.

Estaban acudiendo en número cada vez mayor, dispuestos a reestructurar de nuevo el mundo, bajo la supervisión de los Grandes Maestros Solares. Según Bel, estaban rompiendo las reglas. Pero no era de extrañar: ellos las crearon; ellos podían romperlas. Su resentimiento era, por tanto, cada vez mayor. Pero también su cansancio, el cansancio de una lucha infructuosa desde prácticamente, la creación de la Tierra.

Él había participado en edades ya ancestrales en ese mismo tipo de creaciones, bajo el auspicio de los Jerarcas de la Luz, cuando la actual Tierra no existía aún, ni su antecesora Selene, la Luna, sino en un mundo anterior, tras cuya extinción, quedó convertido en un satélite de la recién nacida Selene, y cuyos restos desaparecieron ya para siempre.

La Tierra, ubicada en el tercer eslabón de la cadena Solar, era el cuarto mundo que ocupaba aquel lugar. Su actual Luna fue el tercero. Bel, que creó su Maestría en el primer mundo, participó no sólo en la creación del segundo, sino también en el de Selene, el tercero, por cuyos méritos, él y sus hermanos de Grado Maestro, se iniciaron como *Adeptos Cosmocratores* ⁽¹⁾. Pero cuando fueron requeridos para colaborar en la creación del cuarto mundo, dándole forma a la mente humana, Bel propuso un nuevo esquema de aprendizaje para las futuras almas humanas, basado en la experiencia de la oscuridad, en el conocimiento del mal; un tema que le atraía poderosamente. Su argumento, “*¿Por qué conocer sólo un lado de la Creación...?*” convenció a sus congéneres, erigiéndose en cabecilla de una rebelión sin precedentes. Presionados para que depusieran su actitud y obedecieran los planes divinos trazados desde el nacimiento de la estrella solar, Bel y sus seguidores se negaron a crear, según sus propios términos, “*seres humanos sin conocimiento de causa*”.

(1) Los Cosmocratores son auténticos dioses, creadores de universos. Seres que se hallan ante las puertas del Gran Lago de Luz, el seno del Creador, el Origen de todas las cosas, la Conciencia Universal, la Energía Primaria. Los Adeptos son preparados durante eones de tiempo para poder alcanzar tan alto grado.

Su oposición llegó a enfrentarlos abiertamente contra sus superiores y tras ser derrotados, fueron juzgados y condenados; pero para entonces, la semilla del mal ya había sido sembrada entre las jóvenes almas humanas, inocentes e inconscientes ante tan magno acontecimiento. Un dramático error de diseño en las primeras formas densas del organismo humano, contribuyó involuntariamente a que aquella semilla se arraigara en el gen humano y sus almas.

Bel fue deportado a los densos mundos del subsuelo de la propia tierra, y convertido en el guardián de todas aquellas almas condenadas a la dolorosa rueda del Samsara, producto final de toda aquella rebelión. El resto de los *Asuras* (nombre con que pasó a denominarse a los rebeldes) fueron condenados a volver al estado humano y sufrir las consecuencias de aquello que ellos mismos propusieron, mientras que otros muchos, fueron arrastrados y apresados junto a Bel, su señor, en el fondo del Abismo.

Ahora, los siglos, contados por millares, comenzaban a pesar en el interior de aquellas profundidades. Bel ansiaba la libertad por encima de todo. Pero sus verdugos no parecían dispuestos a dejarle salir, y él sabía ya, que resultaba casi imposible luchar contra todo el Cosmos, aún sabiendo que en el fondo, él estaba en lo cierto.

Cerrando los ojos, dió media vuelta y se transportó a esferas más superficiales, donde tenía ubicado su cubil y solía rondar la mayor parte de su séquito de demonios. Allí encontró a su leal Melael, recostado en el suelo, disfrutando con el tormento de las almas condenadas, aplastando y amasando sus cráneos contra el duro suelo, o forzándoles a devorarse a sí mismos. Cuando lo vió llegar, Melael adoptó una actitud seria y respetuosa con su señor, pero con un leve gesto, Bel le indicó que podía seguir con su *aburrido* juego.

Pareció que Bel había llegado en el momento justo: un creciente y alarmante murmullo arrancado de millones de almas que se hallaban en esferas más altas, comenzó a recorrer la mismísima columna vertebral del Infierno, extendiéndose de arriba a abajo hasta alcanzar la inmensa caverna donde se hallaba el rey de las Tinieblas. A pesar del constante sonido de la lastimosa marea de almas en pena, aquél nuevo eco resultaba fuera de lo habitual, y su alarmante tonalidad atrajo poderosamente la atención de todos los demonios que se hallaban en el lúgubre recinto.

Melael se puso en pie inmediatamente, buscando el origen de